

MOLIST, Núria y RIPOLL, Gisela (eds.)
Arqueologia funeraria al nord-est peninsular
 (segles VI-XII).
 Museu d'Arqueologia de Catalunya.
 Barcelona, 2012, 2 vols., 494 pp.

La importancia del estudio del mundo funerario para el conocimiento de las sociedades humanas es un dato bien conocido, que remite a trabajos trascendentales de la antropología como los estudios de Hertz, Van Genep o Malinowski. Si la mirada se centra en el periodo postromano y altomedieval, puede decirse que se refuerza esa centralidad. De hecho, la arqueología funeraria de ese periodo ha tenido, desde el descubrimiento en 1653 de la tumba de Childe-rico I en Cambrai, un considerable peso, sobre todo a raíz de los estudios sobre los ajuares. Ahora bien, frente a la perspectiva histórico-cultural, los paradigmas de los últimos años han reivindicado la utilidad del análisis del mundo funerario para conocer las estructuras de las sociedades del pasado (procesualismo o *New Archaeology*) y, en los últimos tiempos, para identificar los rituales y lugares de enterramiento como escenarios de una representación simbólica de la sociedad, capaz de crear dinámicas nuevas a través del recuerdo (postprocesualismo). La

creciente bibliografía al respecto muestra la vitalidad de una arqueología funeraria que, por desgracia, suele estar poco vinculada a la arqueología de los asentamientos.

Resulta curioso advertir cómo, sin embargo, no hay estudios de conjunto sobre la arqueología funeraria postromana y altomedieval en la península Ibérica. Quizá la causa sea la extremada fragmentación de los estudios, que parten de casos regionales específicos o de contextos concretos. A ello debe añadirse que buena parte del trabajo ha sido realizado por empresas, sobre todo en los años florecientes del boom inmobiliario, que permitieron recabar numerosa información en bruto, que está pendiente de una revisión. Y es en este punto donde se encuentra la obra que aquí comentamos, pues se trata de una iniciativa que pretende cubrir contextos muy diferentes y, en especial, busca dar salida a una gran cantidad de datos procedentes de intervenciones relativamente recientes. En tal sentido, creo que estamos ante un trabajo de enorme interés, que era necesario llevar a cabo, al menos para el caso del Nordeste peninsular –en realidad, la publicación se centra exclusivamente en el ámbito catalán–. Ahí reside su principal virtud, la de haber sido capaz de agrupar trabajos dispersos sobre ámbitos y cronologías distintas, ofreciendo un estado de la cuestión.

Los dos volúmenes publicados son el resultado de una reunión científica celebrada en noviembre de 2009 en Olèrdola. Se compone de 28 artículos que versan sobre temas, lugares y cronologías muy diferentes. Por consiguiente, hay una gran diversidad y también una calidad desigual, en especial en lo que se refiere a las interpretaciones de los datos, ya que en términos generales nos encontramos con un registro de calidad. Hablar de todas y cada una de las aportaciones haría de esta reseña algo interminable y difícilmente legible, por lo que he optado por entresacar algunos artículos que, desde una percepción personal, me han resultado significativos.

El primero de los dos volúmenes de esta obra se inicia con una presentación de la arqueología funeraria tardoantigua y altomedieval en Cataluña, a cargo de las dos editoras: Gisela Ripoll y Núria Molist. En ella, se plantean algunos aspectos sobre la identificación del carácter prestigioso de un enterramiento, la evolución de las topografías funerarias, con especial énfasis en la relación con iglesias, así como una serie de consideraciones metodológicas, matizando los criterios cronotipológicos y apostando por una investigación con una mayor intervención de las técnicas de laboratorio. De esta manera, se hace un encuadre en el que encajan el resto de las aportaciones de este congreso, referidas a espacios y contextos muy diferenciados. La preocupación por la construcción de un registro más elaborado explica la incorporación de un texto sobre antropología física y otro acerca de las dataciones radiocarbónicas, firmado por Joan S. Mestres. Este último resulta particularmente interesante, pues aborda de una manera sintética las posibilidades y problemas de una técnica de enorme interés para la obtención de dataciones absolutas, haciendo especial hincapié en la necesidad de una correcta calibración. Ambos trabajos aparecen unidos, pero después de otros de contenido muy diferente, lo que no favorece una coherencia interna dentro de la publicación.

Por otra parte, el artículo de José Ignacio Padilla y Karen Álvaro sobre «La organización del espacio funerario entre la Antigüedad Tardía y el mundo medieval», incorpora los resultados procedentes del registro escrito. Los estudios de Ariés, Treffort y Lauwers sobre la formación de una liturgia cristiana de los difuntos y del cementerio como espacio funerario son utilizados junto con elementos procedentes de la Historia del Arte y propiamente arqueológicos. El resultado es sugerente, aunque quizá no pueda hablarse de una síntesis, pero sí de un avance de cómo llevar a cabo esa síntesis. En cualquier caso, el estudio de Padilla y Álvaro

dialoga con otras miradas sobre lo funerario y ofrece un discurso rico, que integra los resultados de la investigación arqueológica en una perspectiva amplia.

El resto de los trabajos se mueve de manera casi exclusiva en el ámbito de la arqueología funeraria. En general, predominan los artículos que se centran en yacimientos concretos, aportando información sobre los mismos, en muchas ocasiones inédita hasta la publicación de esta obra. Junto con lugares poco conocidos, al menos para quienes no estamos familiarizados con el mundo tardoantiguo y altomedieval catalán, aparecen otros yacimientos de gran interés sobre los que se nos da una imagen de conjunto. En ese sentido, el estudio de Imma Ollich de la necrópolis medieval de L'Esquerda y de sus sucesivas fases entre los siglos VIII al XIV resulta de gran interés, ya que, gracias a las dataciones radiocarbónicas y al análisis pormenorizado del espacio funerario, se ofrece una imagen diacrónica que permite observar la evolución, incluyendo la construcción de una iglesia de estilo románico con su cementerio asociado. Otro caso interesante es el de las necrópolis de Pla de l'Horta y Les Goges, realizado por Bibiana Agustí y Joan Llinàs. Ambos espacios funerarios se asocian al vecino *castellum* de Sant Julià de Ramis y son la representación de una comunidad vinculada a un pequeño centro de poder. Por último, cabe destacar el artículo de Núria Molist y Josep M. Bosch acerca de la necrópolis de Sant Miquel en Olérdola, un lugar que es una auténtica clave de bóveda de la cronotipología elaborada en su momento por Alberto del Castillo acerca de las tumbas excavadas en la roca. El estudio permite precisar que hay una primera ocupación ya en los siglos VIII-IX, con una necrópolis anterior a la construcción de la iglesia en el siglo X.

Sin embargo, otra parte significativa de las aportaciones van más allá de la presentación de casos concretos para abordar

temas más amplios. Uno de ellos es el estudio del fenómeno de las necrópolis en ámbitos urbanos. Hay varios estudios que nos ofrecen un detallado panorama acerca de este acercamiento del mundo de los muertos al de los vivos, producto en buena medida de los procesos de cristianización de las sociedades tardoantiguas. Así, Joan Menchon, en su amplio recorrido por el mundo funerario del Campo de Tarragona, la Cuenca de Barberà y el Priorato, se detiene en el caso de *Tarraco* y sus necrópolis urbanas, entre las que destaca el conjunto del Francolí o de la Tabacalera, generado en torno a la *tumulatio* del obispo Fructuoso, cuyo culto martirial dio lugar a una basílica a comienzos del siglo v. Un espacio funerario urbano que no es único, pues se observa la existencia de otras necrópolis y de enterramientos dispersos dentro de la ciudad. También se estudia el caso de Ampurias, donde se encuentra la conocida necrópolis de Neápolis, por parte de Joaquim Tremoleda, Pere Castanyer y Marta Santos. En esta misma línea, se encuentra el trabajo de Aarón López que presenta el panorama funerario de *Barcino*, que, en términos generales, presenta acusadas semejanzas con la situación de *Tarraco* y de las ciudades de este periodo en el Occidente medieval. Y lo mismo puede decirse del estudio de la necrópolis episcopal de *Egara* (Terrassa) que presentan Gemma García, Antonio Moro y Francesc Tuset. En cambio, la información procedente de *Iesso* (Guissona, Lérida) no es tan rica y la visión de este caso es poco significativa.

En otros casos, el interés de las aportaciones proviene de la revisión general de los datos sobre una determinada comarca con una perspectiva de «larga duración». Un buen ejemplo de ello es el ya citado estudio de Joan Menchón sobre el área tarraconense, donde, además del espacio urbano, se analiza el mundo rural, en el que se detiene en la presencia de espacios funerarios de pequeño tamaño y situados en pleno campo.

Esa situación tiene claros paralelismos con algunos fenómenos que se han detectado en el mundo rural postromano y altomedieval en toda Europa occidental, sobre todo desde finales del siglo vii, con el abandono de las grandes necrópolis. Otro ejemplo de este tipo de artículos es el de Joan Llinàs, Bibiana Agustí, Josep Frigola y Carmen Montalbán sobre el área de Gerona, con una evolución en la que la vinculación entre espacios de enterramiento e iglesias solo se hace patente a partir del siglo ix. Pero quizás el estudio regional más relevante es el de Jordi Roig y Joan Manuel Coll sobre los territorios de *Barcino* y *Egara*. En él se identifican 6 tipologías diferenciadas que responderían a fases cronológicas distintas: las necrópolis asociadas a *uillae* tardorromanas (siglos iv-v), las necrópolis de iglesias funerarias tardoantiguas (siglos v-viii), las necrópolis relacionadas con aldeas campesinas tardoantiguas (siglos vi-viii), las necrópolis aisladas (siglos v-vi y viii-ix), las necrópolis de iglesias prerrománicas con tumbas antropomórficas (siglos ix-x) y las necrópolis de iglesias románicas (siglos xi-xii). Aunque el estudio pretende solo tener una validez regional y puede ser objeto de crítica en alguno de sus puntos, constituye una visión general muy sólida, que puede ser útil como punto de comparación con otras regiones.

Otro tema recurrente es el de las tumbas excavadas en la roca. Se trata de un tipo de sepulturas ampliamente documentado por todo el territorio catalán y que aparece en muchas de las aportaciones sobre yacimientos concretos dentro de la obra. Las reflexiones en profundidad, en cambio, son bastante escasas. Iñaki Padilla y Karen Álvaro hacen una exposición de los criterios cronotipológicos establecidos por Alberto del Castillo a finales de los '60 del siglo pasado («Alberto del Castillo y la cronología de las tumbas llamadas *oler-dolanas*»). Aunque critican la rigidez del modelo, se mantienen dentro de esa línea de pensamiento, matizando simplemente

algunas cronologías. Los datos empíricos de L'Esquerda, tal y como aparecen en el trabajo de Imma Ollich, corroborarían esa idea, al datarse las tumbas antropomórficas en torno a los siglos IX-X. Una situación que también se reflejaría en algunas de las iglesias prerrománicas del entorno de *Barcino*, si bien en este caso son tumbas de fosa antropomórficas. Sin embargo, Abel Fortò, Xavier Maese y Àlex Vidal, en su artículo dedicado a una serie de necrópolis andorranas, critican la cronotipología, ya que encuentran tumbas de losas ya en los siglos VII a XII, y son escépticos con respecto a la vinculación de las necrópolis estudiadas con centros de culto, al menos en una primera fase. La información sobre un lugar tan relevante como Olérdola parece avalar esa postura. Sin embargo, la sensación final no es solo de ausencia de un criterio sino que ni siquiera se ha establecido un diálogo entre posturas aparentemente dispares.

No quisiera alargar más esta reseña. De lo ya dicho se constata la pluralidad de los contenidos recogidos en una obra que permite acercarse de una manera global y por primera vez al mundo funerario tardoantiguo y altomedieval de Cataluña. Se proporciona, además, un gran caudal de evidencias empíricas, muchas de las cuales o no se habían publicado o estaban dispersas en otros foros, y ahora se dispone de una herramienta de consulta común. Y todo ello dando un especial valor a aquellas técnicas de laboratorio que puedan ofrecernos mecanismos para crear un registro de calidad. Sin embargo, hay algunos aspectos que restan coherencia al conjunto. Uno de ellos es una acusada tendencia a restringir la mirada hacia la propia tumba o la necrópolis. Se trata de una distorsión típica de la arqueología funeraria, si bien algunos trabajos, como el ya citado de Roig y Coll, superan esa limitación. Resulta conveniente situar los espacios funerarios dentro de un territorio, como plantea Josep M.^a Bosch en el caso de Roc d'Enclar, y ponerlos en relación con

la construcción del paisaje. Sin embargo, el principal defecto de la obra es la ausencia de una reflexión general final. El trabajo inicial de las editoras es un encuadre general, pero no pretendía ser esa reflexión final. Pero tras 28 artículos muy dispares, habría sido útil un espacio final para plantear una serie de ideas sobre los espacios funerarios tardoantiguos y altomedievales en Cataluña, una mayor teorización de la arqueología funeraria (su carácter de representación social, su vinculación con poderes eclesiásticos o con comunidades), aportando unos temas de discusión y una agenda de trabajo para el futuro. Por otra parte, esa reflexión final debería enlazar el caso regional con las tendencias generales en la Europa occidental. Las aportaciones parciales se centran en el análisis de sus casos particulares, pero la sensación final es de un ejercicio un tanto cerrado sobre sí mismo. Desde luego que elaborar un registro de calidad sobre la arqueología funeraria en Cataluña entre los siglos VI y XII es ya de por sí un objetivo ambicioso. Pero una mirada al exterior no solo descubre la existencia de tendencias generales y también de particularidades, sino que enriquece los puntos de vista con nuevas metodologías y planteamientos teóricos. Por último, llama la atención la ausencia de referencias a espacios funerarios musulmanes, de época andalusí, a pesar del título del libro.

En cualquier caso, y teniendo en cuenta esas carencias, la valoración de la obra es muy positiva, debido al gran número de datos, de problemáticas específicas y a la calidad de algunas de las aportaciones. Un buen trabajo que permite sacar a la luz un gran caudal informativo de calidad, que puede circular y ser un punto de referencia para otros trabajos sobre otras zonas. Hay que congratularse por ello y felicitar a las editoras y a los autores por haber llevado a cabo esa tarea.

Iñaki Martín Viso